

XXVº Domingo durante el año (C)

21 de septiembre 2025

“Señor, haz de mi un instrumento de tu Paz”



San Francisco dando su manto a un pobre, Giotto, fresco, Basílica de Asís, 1300.

“Querido hijo:

Ante todo, te recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los soberanos y por todas las autoridades, para que podamos disfrutar de paz y de tranquilidad, y llevar una vida piadosa y digna. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, porque Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre Él también, que se entregó a sí mismo para rescatar a todos. Este es el testimonio que Él dio a su debido tiempo, y del cual fui constituido heraldo y Apóstol para enseñar a los paganos la verdadera fe. Digo la verdad, y no miento.

Por lo tanto, quiero que los hombres oren constantemente, levantando las manos al cielo con recta intención, sin arrebatos ni discusiones”. (1 Timoteo 2,1-8)

La 1º Carta de Pablo a Timoteo es luminosa, sencilla. Pide que recemos. Acción de gracias e intercesión por todos nuestros hermanos. Para la paz y tranquilidad de todos. Porque Jesucristo, nuestro Salvador, se entregó a nosotros por puro amor, para darnos Paz, esa Paz que es alegría y felicidad para siempre.

“¡Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios!” (Mt 5,9). En un mundo que nos muestra guerras y odios, en el que nos escandaliza la violencia, en el que nuestro propio corazón está a veces turbado con rencores, estalla una pregunta: ¿podemos hacer algo para que la paz crezca en nuestro mundo, a todo nivel? ¿Internacional, comunitario, familiar, personal?

La Palabra nos da una primera respuesta: “Oren constantemente, levanten las manos al cielo”.

“Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo” (Jn 14,9), nos afirma el Señor, el Príncipe de la Paz. Recordamos siempre las palabras de San Serafín de Sarov: “Haz la paz en tu corazón y una multitud alcanzará la Paz”.

Recemos entonces por la Paz, en la acción de gracias y la intercesión.

Juan XXIII, gran artesano de Paz, nos deja estas palabras, en la Encíclica “Paz en la tierra”, Sobre la paz entre todos los pueblos que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad, 170-171.

“En la sagrada liturgia de estos días resuena el mismo anuncio: *Cristo resucitado, poniéndose en medio de sus discípulos, les dijo: “La paz esté con ustedes. Aleluya”. Y los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor*” (Jn 20,19-20). Cristo nos ha traído la paz, nos ha dejado la paz: “*Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo*” (Jn 14,9).

Pidamos, entonces, con instantes súplicas al divino Redentor, esta paz que Él mismo nos trajo. Que Él borre de los hombres cuanto pueda poner en peligro esta paz y convierta a todos en testigos de la verdad, de la justicia y del amor fraterno. Que Él ilumine también con su luz la mente de los que gobiernan las naciones, para que, al mismo tiempo que les procuran una digna prosperidad, aseguren a sus compatriotas el don hermosísimo de la paz. Que, finalmente, Cristo encienda las voluntades de todos los hombres para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la recíproca comprensión, para perdonar a cuantos nos hayan injuriado. De esta manera, bajo su auspicio y amparo, todos los pueblos se abracen como hermanos y florezca y reine siempre entre ellos la tan anhelada paz”.

Dra. Cristina Muñoz